



REDACCION Y ADMINISTRACION:  
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA  
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA  
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,  
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 14 de Abril de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.  
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75  
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 15.

#### SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Consuelo, por Juan Perez.—Un nombre elevado, por Juan de Austria.—Boceto á la pluma de José Selgas, por Julio Nombela.—La historia de muchas cartas (poesía), por R. de Campoamor.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldo de Acosta.—Cuentos de manigua: El Chavalillo, por Juan Sin-Tierra.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.  
CARICATURAS.—Por Don Junípero.

#### MENESTRA SEMANAL.



a Suerte, ó doña Suerte, ¿qué clase de persona será? ¿qué educación habrá recibido? ¿cuáles serán sus gustos y sus inclinaciones? ¿quién le marca su itinerario? ¿y por qué criterio se ri-

ge para inclinarse hoy á un lado y mañana al opuesto, sacudir ahora un garrotazo al vecino de enfrente, que es todo un hombre de bien, y darle poco después el premio gordo de la lotería al individuo de la derecha, que es un tuno muy redomado?

Caprichosa es, como buena mujer, la tal suertecita!

¿Quién había de pensar que después de reunirse cuatro partidos sanos, gorditos y remononos, persuadidos de que la union es la fuerza, y que con la fuerza atraparían á la ingrata Suerte, esta señora les había de poner el ceño adusto, refunfuñando entre dientes:

—El que os ha engañado haciéndoos creer que triunfábais, que os devuelva el dinero.

No sé si entre los cuatro *partidos* formaron un entero, mas sí puedo decir que el *camelo* que han llevado es entero y verdadero.

¿En qué se habrá fundado la suerte para dejar en la estacada al cuarteto coligado y proporcionar el triunfo á los ministeriales?

Porque ambos grupos habrán dicho en todos los tonos imaginables:

—Te buscamos ¡oh suerte! sin otro objeto que hacer la felicidad de la patria.

Porque, eso sí, la patria á estas horas, debería tener un empacho de felicidad; pues lo mismo los que ganan que los que pierden, todos tratan de hacer su dicha, á la moda de la época.

Pero la patria, que vé palpablemente en los programas políticos de todos los tiempos y de todos los partidos la manera de conseguir la felicidad suprema, y que oye hablar todos los días de su porvenir, de su bienestar, de su riqueza, no hace más que gritar:

—Pónganme ustedes en la cesta un par de libras de eso. Pero no consigue ni el olor.

Los carlistas, radicales, moderados y federales se habian colocado en actitud belicosa ántes de las elecciones, pero después de ellas se han puesto en actitud de orar.

—¡Adórote, dice el carlista, oh tersísimo cuerpo de mi amo, rey y Sr. D. Carlos, y te adoro más desde que me veo triste, afligido y en derrota. Por tí, preciosísimo cuerpo de mi amo, rey y señor, tuve que reconciliarme con mis mayores enemigos los republicanos; por tí le dí un beso á un radical, abracé á tres federales, y una mañana muy tempranito me almorcé un gorro frigio para hacer comprender que mi adhesión á los coligados era sincera. Llegó el día de las elecciones, y puestos el pensamiento en vos, mi amo, rey y señor, el alma en Dios y el dedo gordo de la mano derecha en la boca, acudí á las urnas, acompañado del sacristan, el albeitar, el hermano mayor de las almas y otras *eminencias*; entre todos, siete. ¡Siete hombres de pelo en pecho, capaces de ganar, no digo yo unas elecciones, un duro á la brisca ó al tute, sin hacer y haciendo trampas!

Yo quise tambien llevar á los comicios al ama del cura, pero averigüé que esta respetable señora pertenece al bello sexo, y que el mencionado sexo no tiene voto. ¡Bendito sea el que me hizo tal revelacion! Se conoce que es hombre muy entendido en política.

Pero qué derrota, mi amo, rey y señor! Parece imposible que hayamos sido vencidos, cuando nos reunimos siete hombres, el que más y el que menos carlista desde ántes de nacer!

El albeitar, el hermano mayor de las almas, el sacristan y yo nos hemos quedado mirándonos los unos á los otros y llamándonos mutuamente brutos hasta que el cuerpo no pueda más.

¿Qué desgracia, señor, qué desgracia! yo que tenía ya comprados unos calcetines de estambre azul para regalárselos á V. M. el día que hiciese su entrada triunfal en esta nacion, que le respeta, le aprecia, le adora por los siglos de los siglos y que besa su mano.... etcétera.

Un republicano.

—¡Virgen democracia, madre del petróleo, ruega por nosotros, alborotadores de oficio, ahora y en la hora que no podamos entrar en el Congreso á mover un zipizape de dos mil demonios!

Yo tenía ya, gran señora, comprado mi gorro frigio y mi barril de petróleo para portarme siempre como caballero y como político de mucha talla. ¡Oh dolor! ahora, si quiero que no se apolille el gorro frigio, tendrá que usarlo mi mujer para dormir, y el petróleo se lo irán bebiendo los muchachitos para que saquen las mismas ideas *rojas* de su padre!

Los carlistas tienen la culpa, sí señor; por ellos hemos sufrido esta derrota.

¿Quién nos mandaba meternos con gente meina? ¡Ah! Maledetto, maledetto sia l'istante....!

Un radical.

—¡Piadoso San Nicolás, Pontífice, Rivero y Mártir; santo de mis entretelas! ¿para cuándo guardas los terremotos, los huracanes ó los discursos? Castíganos, Pontífice glorioso, castíganos por nuestra

torpeza! ¿Qué hacemos ahora? ¿Tú crees que ningún español bien nacido y bien alimentado puede vivir sin ser ministro? ¡Antes la muerte!

¡Qué horror!

Por supuesto que nosotros no tenemos la culpa; la tienen los carlistas y los republicanos. ¡Qué gentuza! Nó señor, no saben ir á las urnas con todo el decoro y toda la prosopopeya que nosotros poseemos. ¡Ah! la maledizooooooooone!....

Un moderado.

—¡Bendito es el fruto!.... ¡Oh fruto infeliz que se nos ha indigestado ántes de comerlo! Nosotros somos los fuertes, somos los buenos, somos los que representamos á las clases acomodadas, virtuosas, pacíficas, buenas, bonitas y baratas, y sin embargo, nos pegan.

¿Dónde está el soñado triunfo?

Pero á bien que la culpa no es nuestra: lo han echado á perder los carlistas, republicanos y radicales, que no saben hacer elecciones, ni ese es el camino.

Nosotros hubiéramos hecho votar á todos los muertos y á muchos que todavía no han nacido...

El triunfo moral es nuestro: para ellos la derrota. ¡Oh! *stirpe inicua, abominata*....!

Yo.

Derramemos una lágrima por los que quedaron apabullados, y luego nos iremos á almorzar.

Concluyo:

Un corresponsal laborante de Santiago de Cuba escribe á cierto periódico filibustero:

“Los *patriotas* (!) rodearon en crecido número el fuerte y embistieron....”

Ya sabía yo que *embestían*; y me alegro, porque no habrá necesidad de ponerles banderillas de fuego.

JUAN PALOMO.

#### CONSUELO.

De este mismo nombre tengo yo una tia monja.

La pobre, cuando pertenecía á este pícaro mundo y formaba en las filas de la humanidad productiva y multiplicadora, jamás halló cosa que le consolará de la mala obra que le hizo mi abuela al echarla al mundo tras los consabidos nueve meses de empollamiento.

Desde que mi tia tuvo uso de razon, empleó esta en convencerse de que la vida era carga insostenible en un siglo de vice-versas y conturbaciones, cuyas miserias le hacían llorar á moco tendido, obligando á toda la familia á ayudarla á sentir en su filosófica afliccion.

Era admirable el previsor instinto con que mi buena tia esquivaba todas las situaciones peliagudas de la vida. Aunque sabía que la hembra es la inseparable compañera del hombre, la rueda dentada que, engranando perfectamente con el eje masculino, pone en movimiento el providencial mecanismo que dá vida á la familia, mi tia huía de todo bicho viviente con calzones, espantada con la



memoria de ciertos históricos desaguados debidos exclusivamente á la fragilidad de la carne.

Era tanta la severidad de sus principios, que jamás transigió con las progresistas pretensiones de los hombres ni con las ridiculeces de las señoras mujeres. La invención del malakoff la tuvo seis meses con tercianas y no hubo en toda la familia é individuos anexos un valiente que lo fuera tanto como para enseñarle á mi tía uno de esos chismes que ha sido por tantos años las delicias del bello sexo. ¡Bonita era mi tía para mirar con buenos ojos ese impúdico exhibidor de mentidas formas! Seguro estoy que metía la cara en barro, como el tío Conejo, ó se moría de vergüenza, como le sucedió á Cara-de-Caballo, personaje de sainete *flamenco*.

Aunque era muy grande el alma de mi tía, solía paseársele por el cuerpo, con que mira tú si este sería mayúsculo; alma y cuerpo llegaron á no caber en la casa, y fueron á dar al convento más grande que se tuvo á mano; allí encontró mi tía Consuelo el idem que buscaba por estos trigos con tanta necesidad. ¡Pobrecita! Bien acreedora á tal beneficio ó la habían hecho sus perpétuas tribulaciones.

Perdóname, lector benévolo, estos párrafos que consagro á recuerdos de familia que me enternecen; son ellos una página íntima de mi corazón, que coloco ante tus profanos ojos, y no tomes á mal el adjetivo. Si te importan un pepino, pásalos por alto, que no por eso se echarán á perder; lo que tú no quieres que te diga, se lo diré á mi tía, que me los ha inspirado, y puede ser que me dé para libros.

Lo dicho no reconoce otra causa que el haber puesto el nombre de mi tía por epígrafe á este artículo. Yo quería, y sigo queriendo, decirte algo de ese dulce sentimiento que aminora las penas hasta hacerlas desaparecer, y puesto que nadie me lo impide, cumpliré mi deseo hasta donde me alcancen el tiempo y el papel.

El consuelo no tiene otra misión que la de hacer tolerables las crueles burlas que con la humanidad se permite la esperanza, más falsa que simpatía yankee. Rara vez esta señora deja de jugarlos una mala partida; pero nosotros soportamos sus veleidades acogiéndonos al consuelo que de balde nos proporcionamos para no dar el estallido. Nada tan halagador como esa esperanza, constructora de magníficos castillos en el aire, á cuyo influjo gastamos nuestro dinero en billetes de la lotería; y cuando después del sorteo quedan estos caros papelitos inservibles, aunque sin estrenar; cuando la cruel decepción lo pone á uno en disposición de tirarse al pozo, viene en nuestro socorro el consuelo de pensar que "si no fué en esta barqueta, será en la otra que se fleta..."

Pero, ¡qué fecunda es la imaginación del hombre, cuando no contento con engañar al prójimo, procura engañarse á sí mismo! El caso es que muchas veces lo consigue.

Conoció yo á un sugeto que pretendió una cátedra en cierto *Instituto de Aplicación*; en la instancia no especificaba la asignatura, porque para él todas eran iguales, en virtud de ignorarlo todo; á este buen hombre le consolaba la idea de que por muy ignorante que fuese, siempre lo serían más aquellos que iban á aprender lo que él no sabía enseñar. Por fin, obtuvo la de griego, dotada con mil duros de sueldo, y la conservó ¡cuatro años! Verdad que jamás tuvo un alumno.

Nada hay tan socorrido como la conformidad; esta se adquiere de balde; basta que tenga una buena voluntad para lograr ser feliz. Bien sabía Lamartine lo que dijo al asegurar que la felicidad residía en nosotros mismos.

Se dice que nadie está conforme con su suerte; pero tampoco hay ser tan desgraciado que no lo sea menos si entra en el capítulo de las comparaciones. El que come mal y poco, se consuela pensando que otros más infortunados se murieron de hambre; aquel que pasa el sino con la mujer que el cura le dió, zurri-puerca y pendenciera, halla un placer maligno al saber que un colega suyo no puede entrar por la puerta de la casa sin humillar su erizada cerviz. En fin, para que se vea cuánto partido saca el hombre de los consuelos que á sí mismo se dá en momentos críticos, citaré el refrán que dice: *mal de muchos, consuelo de tontos*; porque él dá la explicación categórica de que haya en el mundo tantos consolados.

Hay consuelos criminales; por ejemplo, los que se propina el yerno homicida al notar que su suegra es ya vieja y se la llevará el demonio el día menos pensado.

Hay el consuelo político, que consiste en la siem-

pre realizada esperanza de ver por el suelo al mismo que le echó á uno por tierra.

Hasta el ahorcado tiene el consuelo que le inspira su legítimo derecho al pataleo, que no hay Dios que se lo quite.

Nada hay más consolador para un cojo que ver á un prójimo falto de una pierna, grulla humana por el estilo de Mr. Sickles.

Al ciego le está vedada esa dulce satisfacción, pero en cambio, ¡cuánto consuelo no recibe cada vez que tiene ocasión de atizar uno de esos ciertos garrotazos que han dado celebridad á su gremio!

Yo gasté una vez veinte duros, que gané escribiendo majaderías en JUAN PALOMO, comprando papeletas blancas en un Bazar benéfico que puso á pedir limosna; por fin, saqué un premio, y ¡oh desesperación! lo constituía un tomo de versos de Torroella. La cosa era para desesperar, pero yo me consolé pensando que si en vez de un tomo, me tocaban dos, de fijo me muerdo de vergüenza, como estubo á punto de sucederle á mi tía la monja.

Malo es tener que escribir un artículo, sobre todo cuando la inspiración está de visita, pero no hay consuelo más inefable que el ver terminada la tarea. Este es el que saborea en el presente momento vuestro servidor

JUAN PEREZ.

#### UN NOMBRE ELEVADO.

Delante de mí tengo una fuente vacía, blanco mantel cubre la mesa, siento apetito devorador, con mano fuerte empuño el trinchante, no he omitido ningún detalle para que sea opípara la comida; pero, ¿qué como si la fuente está vacía?

"Tomarás un pavo"... así decía un *Manual del Cocinero*. "Pero ¿de dónde saco yo el pavo?" exclamó un literato que lo estaba leyendo.

Tengo en mis manos un periódico: veo en él páginas, columnas, título, palabras ó cosa así, y algunas veces llego á sospechar que hasta artículos; pero ¿y las ideas, que es lo primero que debe encontrarse en un escrito?

Ese periódico también inserta noticias; pero ¿y los hechos que dan lugar á esas noticias?

Ese periódico tiene un corresponsal, dos corresponsales, tres corresponsales, *la mar* de corresponsales, para que le den pormenores de cierta guerra; pero ¿dónde está la guerra?

Redactores, corresponsales, cajistas, repartidores y barrenderos de la redacción, todos defienden cierta *insurrección*; pero ¿dónde está esa insurrección?

Me parece que me explico lo bastante para que me entiendas ¡oh sensato lector!

Allá en Santiago de Cuba reside un corresponsal del susodicho periódico.

Probablemente el corresponsal será un hombre (¡Jesús! me vuelvo adulador!) será un hombre, probablemente alto ó bajo, gordo ó flaco, rubio ó trigueño, iracundo ó bonachón. Tendrá, casi me atrevo á asegurarlo, piernas, brazos, cuello, talones, hombros, tripas, cabeza (en la forma al menos, para el bien parecer) y todos los menesteres que constituyen el cuerpo humano; pero ¿y el sentido común, en qué parte de su persona podremos encontrarlo?

Ese corresponsal dá noticias *estrepitosas*, ¡esa es su misión! y el pobrecito las inventa, ¡no tiene otra cosa que hacer...!

Parodiando la anécdota que he referido ántes del *Manual del Cocinero* y del literato, cuando el director del periódico le haya escrito desde Nueva York: "Llenará usted la carta de noticias de bulto," habrá exclamado el corresponsal: "Pero ¿de dónde saco yo esas noticias?"

Mas el literato de que ántes hice mención vive, y si no me engaño, bastante bien de carnes; lo cual prueba que si no el pavo, encontró un equivalente suyo: el corresponsal, es tal corresponsal y escribe cartas llenitas de noticias; lo cual demuestra que las noticias pueden ser, en el fondo, verdades ó mentiras, y que un hombre de temple no se pára en barras y salta por encima de la verdad más veces que estremitas hay en el cielo y carreras en pelo ha dado el señor Carlos Manuel de Céspedes.

Prueba al canto, porque á mí me gusta probarlo todo.

Leo en una carta del susodicho corresponsal:

"Las operaciones en este Departamento se han emprendido con un rigor asombroso y no se oyen en boca de todo el mundo más que elogios y ponderaciones. Máximo Gomez, sobre todo, ha puesto su nombre á una altura envidiable como valeroso entendido jefe y gran estratégico. En su persecución han salido *ocho columnas* y ninguna dá con él."

Hay un departamento Oriental: estamos confor-

mes. Es posible que en ese departamento esté Máximo Gomez: convenido; ¿pero dónde están esas operaciones de que habla el hombre de las cartas?

Por supuesto que bien dice el refrán aquel: "viendo y aprendiendo."

Entre gente *basta* se podría comprender que para poner su nombre á una altura *envidiable* era lo más lógico que Máximo Gomez hubiese derrotado á las *ocho columnas* que lo persiguen; pero entre gente *finá*, que tiene mucha letra menuda y que sabe escribir cartas llenas de noticias, sin tener noticias que dar, la cosa varía y se conquista nombre de valeroso jefe por saber esconderse de los que le buscan.

¡Qué atrasados vivimos los españoles de todos tamaños!

Tiene muchísima razón el periódico *La Revolución*; entre nosotros no se puede vivir!

¡Mire usted que es atrocidad creer que para conquistar nombre de valiente es preciso dar pruebas de valor y luchar y vencer! ¡Qué atraso tan grande en las ideas!

Lo que se necesita es saber huir, y si nó que lo digan Máximo Gomez y su *cronista*.

¡Pobre señor de Gomez, pariente cercano de *Lúcas Gomez*, en qué situación tan crítica lo han colocado su valor, su denuesto y sus grandes conocimientos estratégicos!

Me figuro estarlo viendo escondido entre unas breñas, con todo el valor—que le ha reconocido y *acreditado en cuenta* el corresponsal de Santiago de Cuba—metido en el bolsillo del pantalón—si es que lleva pantalón.

—Mi general, grita á su lado un *ayudante*, ¿qué es aquello que va tan alto? ¡mire usted, mire usted! Venga la escopeta, mi escopeta, que debe ser un pájaro!

¡Detente, infeliz! eso que ves es mi nombre, que se ha puesto á la altura de todos los demonios.

Si el señor de Gomez, el pariente de *don Lúcas*, no habla á tiempo, el ayudante le pega un tiro al nombre y lo deja *anónimo*.

Ah! la fama de valeroso tiene también graves inconvenientes. Por ejemplo: si esa *bizarria* del señor de Máximo, de apellido Gomez, y pariente de *don Lúcas*, se prolonga por algun tiempo y él sigue en la tierra y su nombre remontado dos dedos más allá de las nubes, vá á ser imposible averiguar cómo se llama, si ántes no descubrimos la manera de dar dirección á los globos.

—¿Cómo se llama usted?

—No me acuerdo: hace tiempo que me separé de mi nombre. Haga usted un viaje en globo por la región de las nubes y lo podrá averiguar.

Volviendo al primer tema, diremos:

Aquí hay un hombre entero y verdadero, ó si es de *imitación* hay que confesar que está bien hecha: tiene todos los menesteres, incluso miedo, hambre y demás, pero ¿dónde está su nombre?

Esa famosa insurrección tiene de todo; héroes, periódicos, presidente, cámaras, señores de Gomez, *don Lúcas* y *don Máximo*, cronistas, de todo, en fin; pero ¿dónde está esa insurrección?

Es lo único que no parece, y se le está buscando con afán para darle un cachete.

¿Se hallará también en esa *altura envidiable* en que se halla el nombre del señor de Máximo, de apellido Gomez y pariente de *don Lúcas*?

JUAN DE AUSTRIA.

#### BOCETOS A LA PLUMA.

JOSE SELGAS.

Algun día hará justicia la posteridad al carácter verdaderamente franco y generoso del Conde de San Luis.

Mientras que la posteridad cumple este deber, los que vivimos en la esfera de las letras tenemos que anticiparnos á ella para tributar los debidos elogios á aquel gran hombre. Sin él, algunos escritores distinguidos, algunos poetas inspirados que han honrado y honran aún la literatura patria, habrían perecido.

Verdad es que el medio que empleaba para protegerlos le he condenado en muchas ocasiones, y conmigo no pocas personas, porque, dada la pereza de nuestro carácter, ofrecer á un poeta ó á un artista un asiento en la mesa del presupuesto, es lo mismo que decirle: "Come, aunque no trabajes."

Selgas, que había nacido en Murcia y que había pasado bastantes trabajos en sus mocedades, tenía en su alma un rico filon de poesías, pero cuantos esfuerzos hacia para lograr el triunfo que ambicionaba eran inútiles.

No faltó, sin embargo, quien llevara algunas de sus composiciones al Conde de San Luis.

Este señor, que no ó bastante ser poeta, por lo que yo sepa, no había hecho versos nunca, comprendi ó al inspirado y dulcísimo autor de *La Primavera*, y con su protección le abrió las puertas de la vida, proporcionándole uno de los triunfos



más grandes que han obtenido en España los alumnos de las musas.

Animado por aquella bondadosa protección y poseído de un profundo agradecimiento, cuando estalló la revolución de 1854 y los vencedores se ensañaban con los vencidos, Selgas, con otros amigos, fundó *El Padre Cobas*, y en aquella campaña que sostuvo contra los progresistas, dió á conocer su raro ingenio, su intencionada sátira y su fuerza de voluntad. En Selgas hay dos hombres: el poeta y el político. No se parece en nada el uno al otro. El poeta es dulce, afectuoso, contemplativo; no hay belleza que se escape á su fina percepción; no hay sentimiento generoso y grande que no halle eco en su alma. El amor, la familia, la gloria, los hijos, los hijos sobre todo, tienen en su paleta colores brillantísimos.

Después de leer sus composiciones poéticas ó sus novelas, exclama involuntariamente el lector:—Esta es la obra de un ángel.

Pero abandona el regazo de su familia, se desprende de las caricias de sus hijos, se separa de los amigos íntimos, sale á la calle y... entonces empieza á dominar el hombre político. Todo lo que vé le impresiona, y dominado por la musa de la sátira, al llegar á la redacción lleva ya un repertorio de frases gráficas, de chistes acerados, de retruécanos, y escribe, escribe, y al final, las immaculadas cuartillas, sin otro específico que la tinta, se convierten en teas incendiarias, en alfilerazos tremendos y en sinapismos mortificantes.

El lector, sonriéndose:—Esto no puede haberlo escrito, exclama, sino el mismo diablo. Selgas no es malo, y bajo el prisma de la política parece cruel. Careciendo de fuerza física y comprendiendo que para luchar en política es necesaria mucha fuerza, ha desarrollado su ingenio por medio de ejercicios gimnásticos, consiguiendo de esta manera ser temible. Ha tenido grandes desgracias; ha perdido casi todos sus hijos; ha llorado mucho.

Hoy vive en un rincón de España, lejos de todo el mundo y refugiado en la poesía.

Su talento le ha abierto las puertas de la Academia Española, y Nocedal fué el encargado de contestar á su discurso de recepción.

—“Grandes son, decía, mi gozo y la satisfacción de mi alma, viendo llegar estos honores dignamente al amigo querido y ser yo quien en público le felicite. Yo también apadriné sus bodas el día en que se unió ante el altar á la mujer que labra su ventura; también presenté yo en las sagradas fuentes del bautismo, el primer fruto de aquella unión bendecida.” Y para dar á conocer desde luego uno de los rasgos más bellos del alma del poeta, al mismo tiempo que su inspiración—“Acaba de perder Selgas dos hijos de tierna edad—decía—sentía oprimido el pecho y desgarrado el corazón; pero contempla el acerbo dolor de su esposa anegada en lágrimas, y halla de improviso dulce bálsamo de consuelo, que prodiga á la infelicitosa madre, escribiendo esta hermosa balada:

“Bajaron los ángeles,  
besaron su rostro;  
murmurando á su oído, dijeron:  
Vente con nosotros.  
Vió el niño á los ángeles,  
de su cuna en torno;  
estendiendo los brazos, les dijo:  
Me voy con vosotros.  
Batieron los ángeles  
sus alas de oro;  
suspendieron al niño en sus brazos,  
y se fueron todos.  
De la aurora pálida,  
la luz fugitiva  
alumbró á la mañana siguiente  
la cuna vacía.”

Oid cómo juzgaba Nocedal al escritor después de exaltar al poeta:—“Como prosista—decía—posee Selgas maravilloso y envidiable arte: el de encerrar los pensamientos más profundos y á veces más atrevidos en las palabras más sencillas y más llanas que tiene el idioma castellano, y como si esto no fuera extraordinario mérito, aún alcanza otro que no le vá en zaga. Con fórmulas, en apariencias ligeras, como quien juguetea y se entretiene discuriendo, y retozando por entre niños y flores—decía—clava agudísimos dardos para advertimiento común y derrama benigno rocío y abundante consuelo en las almas doloridas. Sabe así desconcertar y confundir los adversarios con gracia tal, que al oírlos fuérase á reír, y al meditar sobre ellas, le hace llorar, como serenar el espíritu contristado, por una frase, al parecer trivial, pero de tal modo briosa, que se adhiere tenaz á la memoria.”

El juicio es tan exacto y está tan admirablemente expresado, que le he reproducido para que sea la mejor pincelada de este bosquejo.

Selgas es uno de los escritores que más han trabajado y trabajan, y por lo tanto, sus obras, aunque escogidas todas, son numerosas. Puede asegurarse que es hoy uno de los primeros novelistas españoles, y si no bastara para confirmar este asunto, que sí bastan, sus novelas *Un duelo á muerte* y *Dos para dos*, lo confirmaría sobradamente la que muy en breve vá á publicar el editor Leocadio López con el título de *La manzana de Oro*.

Júzguenle como quieran sus contemporáneos por el sello de sus opiniones políticas, las personas imparciales y la posteridad, sobre todo, le aclamarán como uno de los primeros poetas del siglo XIX, y para que con más razón lo hagan así

los que tengan ocasión, andando el tiempo, de observar este retrato, le terminaré con los siguientes versos, en los que retrata el poeta los sentimientos que le animan.

Hé aquí cómo se expresa:

“Triste esperanza!  
¿Quién pudiera trocar todos sus años  
por unas breves horas de inocencia!  
Y ¿por qué á la virtud somos extraños?  
¿No es la virtud la noble bienhechora  
que evita dolorosos desengaños?  
¿No consuela el dolor que nos devora?  
Si llora con nosotros... ¿qué dulzura  
no derrama en las lágrimas que llora?  
Ella nos cubre con su hermoso manto:  
ella el afán mitiga y le desvela;  
ella nos presta inimitable encanto.  
Siempre á la par de nuestro bien camina;  
y después de esta vida transitoria,  
sobre nuestro sepulcro se reclina.”

Virtud, dame tu fé, dame tu aliento;  
olvida mis pasados desvaríos;  
brille en mi corazón tu sentimiento;  
brille en mi vida y en los versos míos.”

No lo dude el poeta: brilla y brillará

JULIO NOMBELA.

## LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS.

### MAÑANA ESCRIBIRÁ.

#### CANTO SEGUNDO.

##### I.

Mientras él en Madrid, que es donde vive,  
piensa sólo en la carta que no escribe,  
ella, encerrada en Vega,  
sólo espera la carta que no llega.

##### II.

Tan eterna tardanza  
ya la inquieta de modo  
que siente intermitencias de esperanza;  
y cual la pobre gente  
que es muy poco feliz y es inocente,  
ya cree que el cielo se entromete en todo,  
y que probablemente,  
en castigo tal vez de algún deseo,  
la mano del Señor secretamente  
le vá á sacar las cartas del correo.  
¿Y hacia muchos votos? ¿Ya lo creo!  
En materia de afectos y deberes,  
¿qué cosa habrá, por frívola que sea,  
por la cual, imitando á Dorotea,  
no hagan votos secretos las mujeres?  
Por eso, uniendo á la bondad que tiene  
la natural superstición del que ama,  
si canta un gallo en el jardín, exclama:  
—“Esa es señal de que mañana viene.”  
Para todas las luces y los ruidos,  
sus ojos multiplica y sus oídos.  
Oye un rumor y dice: es el cartero;  
y llega á ser este héroe callejero  
la más dulce tal vez de sus manías,  
pues firme en el balcón como una roca,  
abre, al verle llegar todos los días,  
unos ojos más grandes que la boca.

##### III.

Tanto era lo que amaba,  
que daba por muy justas y muy buenas  
sus muchísimas penas  
si la carta llegaba;  
y darle prometió, si se casaba,  
á San Antonio un ramo de azucenas.  
¡Ay! la pobre ignoraba  
que en materias de amor y matrimonio,  
por muy triste que sea,  
puede más que los santos el demonio....  
Por eso no veía Dorotea  
lo mal que se portaba San Antonio.

##### IV.

Era tal la inocencia  
que á su amorosa obcecación se unía,  
que, haciendo penitencia,  
de rodillas y en cruz, pasaba el día;  
y acabando su historia  
en la esperanza y la virtud cerrada,  
más que en el mundo al fin pensó en la gloria;  
siendo su fé tan pura y tan ardiente,  
que se puso á pan y agua solamente  
como una pensionista castigada.  
Feliz con sus manías  
y dispuesta á hacer frente á los reveses  
de tantos desengaños,  
como dió fin un mes de treinta días,  
un año se pasó de doce meses,  
y pasaría un siglo de cien años;  
siendo ya tan completo  
su triste estado de ascetismo inerte  
que, para ser de veras esqueleto,  
ya no faltaba allí más que la muerte.

##### V.

Y como ella sabía  
que se suele morir cuando amanece,  
suspirando una tarde, en que parece  
que dá un adiós al sol, padre del día,  
y en su cara preciosa  
más bien que iluminada, luminosa,  
mostrando la expresión de un gran espanto,  
sacó del pecho humedecido en llanto,  
aquella llavecita sigilosa  
que todas las mujeres guardan tanto;  
llave de honor, bajo la cual había

dejado, á no dudarlo, bien cerradas,  
las cien contestaciones que tenía  
á la carta, no escrita, preparadas.

##### VI.

¡Cuántas madamas Sevigné habrían  
si sabiesen á luz los borradores  
de las cartas de amores  
que en el seno del alma se conciben,  
y se escriben después, ó no se escriben!  
¡Yo creo que los muchos desengaños  
que dan los hombres de malicia llenos,  
mañan todos los años  
un millón de Eloisas por lo ménos!

##### VII.

Pues, como antes decía,  
entre risueña y grave,  
así le habló á una amiga que tenía:  
—“Si mañana me muero,  
me esconderás aquí, junto á esta llave,  
un carta que espero.”  
Y ya cumplido este deber postrero,  
el más caro tal vez de sus deberes,  
vuelve á guardar la llave  
[que sólo Dios lo que encerraba sabe]  
en aquel pecho hermoso,  
ese rincón de cielo misterioso  
donde todo lo esconden las mujeres.  
Y al ver que su esperanza era ilusoria,  
y la carta esperada no venía,  
—“¡cuánto siento—añadía,—  
morir sin aprenderla de memoria!”  
Y acabada esta frase,  
sintiendo ya acercarse su agonía,  
la carta que pensaba que llegase  
la estrujó entre sus manos todo el día.

##### VIII.

Mientras su alma enervando  
se iba al calor de su divino fuego,  
fué su cuerpo acabando  
primero el hambre y la tristeza luego;  
y de tal penitencia aniquilada,  
como ni ver ni articular podía,  
su voz en el silencio se perdía,  
al perderse en la sombra su mirada.  
Presa ya de una angustia intermitente,  
de una manera lúgubre tosía,  
y como lentamente  
se iba haciendo su tez más transparente,  
su espíritu divino parecía  
que alumbraba su cuerpo interiormente.

##### IX.

Hasta que al fin un día, un triste día,  
la cabeza inclinando,  
que una gorra de encajes envolvía  
sujeta por debajo de la barba,  
se oye un tartamudeo de agonía:  
con los dedos las sábanas escarba;  
y en su lucha tenaz agonizante  
vuelve á caer y á alzarse, y titubea;  
la muerte se vá y viene y serpentea;  
y hundiéndose de pronto su martirio  
en la inmersión sin fondo de un delirio,  
en el último instante de su vida  
vé en un fondo de luz desconocida  
lo que al morir, como al vivir, desea,  
y es una carta, en su ilusión fingida,  
en cuyo sobre dice:—“A Dorotea.”

##### X.

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo  
el triste fin de la que fué su encanto,  
sentía como Dante aquel deseo  
de suspirar y de morir de llanto.  
—“¿Ha muerto?”—el pobre Justo preguntaba  
en el tono más alto del lirismo;  
“¡Qué desgracia!”—exclamaba,—  
¡yo que la iba á escribir mañana mismo!”

##### XI.

Nunca escribió la carta deseada,  
pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho;  
ni ha sido más predicho,  
ni Cristo fué tal vez más deseado.  
Por eso estaba loco, ó casi loco;  
mas ¿qué culpa tenía el inocente  
si siempre, como á mí, le faltó un poco  
para ser diligente?  
El caso es que lloraba sin consuelo,  
porque era bueno, bueno, y, lo repito,  
aunque nunca escribió, ni hubiera escrito.  
¡Oh, fiel imagen de las cartas mías!  
tan cierto es como Dios está en el cielo  
que, amándola infinito,  
él pensaba escribir todos los días.

##### XII.

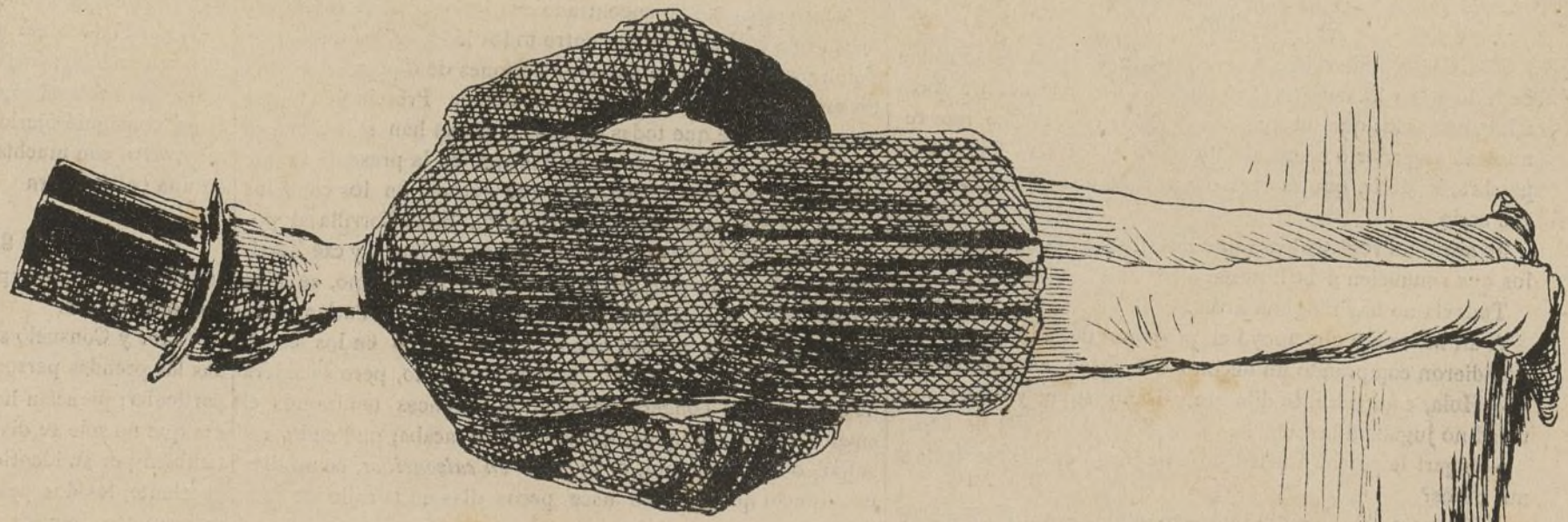
Y era su pena tanta,  
que ahogaban los sollozos su garganta.  
Mira al cielo con aire reverente;  
después se echa á llorar amargamente;  
é implorando el auxilio de este modo  
del Sér que en todas partes lo vé todo,  
pidiéndole perdón por sus agravios,  
en oración mental mueve los labios;  
y hasta en medio de un bíblico arrebató,  
casi escribir promete el insensato  
aquella carta que quedó en iden,  
cuando mira entre luz á Dorotea,  
que desde el cielo le decía:—“¡Ingrato!”—

R. DE CAMPOAMOR.









Pero, hombre, ¿quién será ese corresponsal de *La Época* de quien todos hablan y que nadie conoce?



Las nuevas huestes de Quesada, cuando Quesada tenga huestes. ¿Se tragarán la Isla?....



## EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 4 DE ABRIL.

Pues, señor, la chismografía está repleta esta semana de noticias laborantescas.

En primer lugar, te comunicaré la más triste de todas, que es la enfermedad de doña Emilia.

Sí, caro JUAN, de gravedad está mi amiga, y ya puedes juzgar mi desconsuelo.

Se fué á Washington, como te anuncié, para que un miembro del Congreso le diera una buena nueva, y en lugar de darle noticias, le dió á doña Emilia el tifus.

Su familia tuvo que ir á Washington á cuidarla, y allí quedaban todos y allí los dejarémos hasta que doña Emilia esté restablecida.

Con el fin de consolarse, se entretienen algunos laborantes dibujando los planos de las costas de Cuba y haciéndose la ilusión de que colocan una expedición en Puerto Escondido, otra aquí y otra acullá, lo cual es mucho más económico, más seguro, ménos expuesto, y tiene el mismo resultado que si enviasen expediciones reales y verdaderas.

Una persona que tiene motivos para estar bien enterada, insiste en que Carlos Manuel descansa de sus fatigas.

Ha visto los despachos llegados de la manigua, y todos están firmados por el marqués de Santa Lucía.

Los comisionados dicen que el Presidente no firma porque está ciego, y en esto no faltan á la verdad, porque los muertos no ven.

Pepe de Armas está reposando de los esfuerzos que hizo para dar á luz su último folleto en inglés, y así que esté repuesto, publicará un periódico para demostrar que los agentes y comisionados de Cuba no hacen nada y que los que tienen confianza en ellos son unos botarates.

Yo creí que para esto no se necesitaba un periódico, pues bastante lo demuestran ellos mismos.

Por lo demás, me alegraré que salga otra hoja laborante, pues francamente, la *Revolucion* se está poniendo tan pesada y soporífera, que no hay paciencia que aguante la lectura de un sólo número.

Lo que necesita la insurrección no son artículos de fondo, sino fondos y artículos.... de primera necesidad.

Hoy se halla *in articulo mortis* y no lo han de sacar de él los artículos muertos de *La Revolucion*.

Y ya que de muertos hablamos, te diré que Adolfo Varona no ha muerto, como supuso *El Cronista*, ántes bien, se ha propuesto enterrar á mucha gente, pues tengo entendido que ha abierto despacho de médico.

Eso es que no pudiendo matar españoles en Cuba, se ha determinado acabar con los americanos de Nueva York. Todo es matar.

¡Cuando él se ha decidido á trabajar, qué tal andaré la cosa! Que le entreguen la cáusa cubana á ver si la cura.

Ahí es donde puede lucirse un médico.

Varios cubanos emigrados, desconfiando sin duda de poder ganar honradamente el pan, se han dicho: "á falta de pan, buenas son... piedras," y se han echado á recoger las piedras [preciosas] del vecino.

Digo mal: de la vecina, porque es una señora la que se ha encontrado á faltar un saquito lleno de joyas en un hotel de la calle 14ª; saquito que, según dicen, fué á parar á la confitería cubana de Pablo Batlle, probablemente porque no hay nada tan dulce "como la fruta del cercado ajeno."

También cuenta la crónica escandalosa que

una mata de romero  
tiene una mora,  
y un alcornoque vecino  
suspira y llora.

El Club de Laborantes ha reflexionado mejor la cuestión de la lotería y ha determinado que sólo se declarará traidores á la patria á los que, después de declarar por escrito que renuncian á vender ó comprar billetes de la lotería, falten á su palabra, es decir, que se declararían traidores á los que quieran serlo.

Se abrió un registro para que inscriban en él sus nombres los que renuncien á la Lotería.

Todavía no hay ninguna firma.

A un laborante que apoyó el proyecto de Piñeyro lo sorprendieron comprando un décimo del sorteo extraordinario.

—Hola, compadre, le dijo un paisano suyo; yo creí que usted no jugaba á la Lotería.

—Jugar! le parece á usted cosa de juego el sacarse treinta mil pesos?

—Ya, pero ¿y el auxilio indirecto al Gobierno de España?

—Pero, hombre de Dios, si me gano \$30,000 y no me cuesta el billete más que seis pesos en oro, ¿no le saco al Gobierno de España \$29,994?

JOHN BULL.

MADRID, 13 DE MARZO.

DE VUELTA DE LONDRES.

Mi querido JUAN PALOMO: Lo mismo nos pasa á nosotros los hombres y á ellas las mujeres, que á las flores y á las plantas; rara vez arraigamos cuando se nos trasplanta á otro país cuya temperatura no está en armonía con nuestro tem-

peramento. Por eso he renunciado á la idea de continuar escribiéndote en Londres las correspondencias de Madrid. Satisfecho el primer capricho de escribir siquiera una de ellas desde el país de las nieblas, me dije para mí: *¿Madrid me vuelve?* y á Madrid me he vuelto, después de atravesar todo el camino que hay desde Londres hasta la coronada villa del Oso y del Madroño.

Antes de abandonar á Londres, quise asistir á la gran fiesta que estaba anunciada de la procesion de la Corte para ir á la Catedral á dar gracias por la salvación del príncipe de Gales.

Creo que ya indiqué en mi carta anterior algunos de los preparativos que los buenos vecinos de Londres estaban haciendo para estos festejos. La mayor parte de las tiendas y casas por donde había de pasar habían sido transformadas para levantar andamios cuyos asientos se vendieron los más baratos á cinco duros uno; hubo balcon que se alquiló en quinientos pesos; y ha habido inquilino de casa que ha sacado más de la renta que paga en un año con lo que le han pagado los papamoscas para ver por espacio de algunos segundos pasar carruajes y manarrachos. Esto dicen que es muy inglés, pero yo no sé ni he podido averiguar á punto fijo qué es lo que es muy inglés, si el cobrar ó el pagar, si la escenitricidad de los que pagan un precio fabuloso por lo que nada vale, ó la habilidad de los que han explotado en provecho propio la debilidad ó la tontería de los otros.

En la procesion hubo peripecias de toda especie. A lo mejor un grupo de quince ó veinte mil personas que subía por una calle tropezaba con otro de veinte ó treinta mil que bajaba por la misma, y con el mayor miramiento y con la más fina atención se atropellaban los unos á los otros y los otros á los unos, y después de una lucha desesperada y de un escándalo mayúsculo de gritos, de trompis y de inspiraciones, cada grupo volvía por su lado, dejando sobre el campo de batalla dos ó tres centenares de muertos, heridos y contusos. Aquello era una bendición de Dios, que no había más remedio que aceptarlo y aplaudirlo, porque, según decían, *era muy inglés*.

También dicen que fué muy inglés lo de obligar á un niño tonto á apuntar en son de amenaza con una pistola rota, desmontada y vacía á la reina Victoria en su paso por una de aquellas calles. Me han asegurado que aquello no pasó de ser la preparación de una jugada de bolsa. Varios especuladores, ó mejor dicho, varios tunos quisieron arreglar una jugada á baja y tuvieron la ocurrencia de prepararla con un proyecto de suicidio, buscando para que sirviera de instrumento á un pobre niño tonto y alelado, pero muy inglés, es decir, muy escéntrico.

Durante los pocos días que he permanecido en Londres he tenido ocasión de observar que allí ha acudido á refugiarse casi todo el dinero de Europa, y que aquellos isleños no saben qué hacerse con tantos monises. Los vicios, compañeros inseparables de la excesiva abundancia de metálico, se han multiplicado hasta lo infinito y alternan para apoderarse por completo de aquella sociedad con los goces materiales, que se han aumentado allí de una manera prodigiosa.

Cuando salí de Madrid dejé la cosa pública bastante complicada y enredada; y cuando he vuelto he tenido el gusto de encontrarla en peor estado, lo cual siempre es un consuelo.

Ya no hay quien se entienda, mi querido JUAN PALOMO, ó mejor dicho, ya no hay quien quiera entenderse, porque todos quieren una misma cosa, y con esa cosa no hay para todos. Por supuesto que al hablar de todos, hablo de los ménos; hablo sólo de los que se han propuesto á toda costa explotar al país con ocasión de la maldita política; y esos son los ménos, pero como son los que más ruido meten, son al mismo tiempo los que más abultan.

A mi vuelta me he encontrado con la novedad de estar realizada una coalición formal entre todos los partidos de la oposición para hacer las próximas elecciones de diputados á Cortes en odio exclusivo del gobierno actual. Prescindiendo por un momento de que todas estas coaliciones han sido siempre precursoras de la muerte de la libertad, en la presente se me ocurre que estamos expuestos á que suceda en los comicios lo que sucedió en el último parlamento. Sube Zorrilla al poder; se coliga Sagasta con todas las oposiciones, y cae Zorrilla; sube Sagasta, y se coliga Zorrilla; y por último, se hizo imposible la vida de gobierno alguno con aquel Parlamento. Pues bien; ahora quieren que suceda lo mismo en los comicios; si la coalición triunfa, caerá el Gobierno, pero sucederá después que se coligaré Sagasta, y entonces tendremos el cuento de la buena pipa, que nunca se acaba; pudiendo resultar, ó una dictadura, ó *la mar en calzoncillos*, como dice un anuncio que he leído hace pocos días en la calle de Toledo.

Entre los partidos todos que militan en el terreno político de España he observado siempre un fenómeno muy raro. Todos acostumbran ó están dispuestos á transigir con las exigencias de los enemigos más irreconciliables, de los que tienes aspiraciones más contrarias ó más remotas; pero en cambio son intransigentes é implacables con los partidos afines, con aquellos más inmediatos en sus aspiraciones. Por supuesto, que en mi concepto esto nace, y perdónenme todos, de que ninguno de ellos acostumbra á consultar, para plantear sus soluciones, el interés general ni la opinión pública, sino el interés particular y el de los amigos y paniaguados. Y

sin embargo, unos y otros, y los de aquí y los de allí, y los de más acá y los de más allá le dicen al pueblo que no piensan más que en su progreso y prosperidad; pero el pueblo se acuerda de Quevedo y canta con él aquello de:

Tiene mi morena  
los ojos negros;  
téngase ella sus ojos,  
yo mis dineros,  
que el quitarme los cuartos  
y enamorarme,  
no es matarme de amores,  
sino de hambre.

Un consuelo, sin embargo, tengo en medio de tantas aflicciones, y es que ya todos están conformes en escribir en sus programas y en sus banderas el lema de *respeto absoluto á la integridad nacional*. Con esto están que trinan los laborantes de por acá; y todo se vuelve halagar á los unos y á los otros, pero sin resultado, porque á nuestros partidos políticos todos les faltará el criterio necesario para la buena gestión de sus trabajos, pero en ninguno podrá nunca prevalecer la idea de la traición contra la patria. Los laborantes de segundo orden, los que viven y comen con las migajas que se les caen á los que figuran en primera línea; los que capitanean un desdichado que se llama Cándido Rodríguez y un indultado de presidio que se llama Pechimiel, están con esto desesperados y dando golpes de ciego, es decir, echándose á caballeros de industria en todos los terrenos. Primero han querido explotar los centros masónicos de Madrid, pero fueron demasiado adelante y quisieron cargar de una vez con los fondos de una logia, lo cual les valió ser echados y recomendados á la policía. Ahora últimamente han tratado de explotar su misma desvergüenza y han ofrecido á un jefe de orden público venderle los secretos de los insurrectos. El jefe de orden público ha tenido bastante buen criterio para comprender que ellos nada tienen que vender, y se ha limitado á recomendarlos á sus subalternos para que los vigilen, y á despreciarlos.

Todos estos ardides revelan cuando ménos que los laborantes están escasos de fondos, y que sus negocios van de mal en peor; y ellos mismos buscarán su justo castigo, porque ya trabajarán por ir cuanto ántes á presidio, que es el sitio que les corresponde....

Y como todo ha de tener fin en este mundo, también lo tiene esta carta, que termino deseando á los lectores de JUAN PALOMO salud y pesetas.

M. HIRALDEZ DE ACOSTA.

## CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO QUINTO.

EL CHAVAILLO.

III.

Para que mis lectores puedan apreciar debidamente la importancia de la nueva historia que voy á referir, y que no tachen de inverosímil lo que en ella encuentren de escéntrico, es preciso que conozcan á las personas que les he presentado y sus principales antecedentes.

Víctor Guillen tenía veinticuatro años; era hijo de un rico que poseía en Jerez de la Frontera una de las bodegas más afamadas, cosechero de ese vino que ha conseguido hasta en el último rincón del mundo hacer popular el nombre de aquel pueblo; confiado Víctor en que el contenido de las tinajas de su padre nunca se agotaba, sólo había concurrido algunos años á la Universidad de Sevilla para seguir la carrera de leyes, pues la abandonó ántes de ser bachiller, y vivía en Cádiz gastando y triunfando, sin que su familia pusiera co- to á su prodigalidad de ocioso.

Víctor Guillen era un jerezano de buena estampa, como diría un andaluz; lucía abundantes patillas negras y rizadas y unos ojos hermosísimos, que cautivaban á las gaditanas; entre estas, consiguió fijarle Consuelo Vargas, que era una *mosa retrechera*, con muchísima belleza y con muchísimo donaire; en una palabra, era

"un montoncito  
de gloria, con sal molida,"

según la oportuna expresión de Sanz Perez, el autor de *La flor de la canela*.

Víctor y Consuelo se vieron y se amaron, lo cual, atendidas las prendas personales de ambos jóvenes, nada tiene de particular; parecían hechos el uno para el otro; pero lo malo era que no sólo se distinguían por su identidad física, sino también por su identidad moral. Los dos tenían un corazón excelente, los dos pensaban de la misma manera, los dos se amaban con frenesí, pero los dos poseían igual carácter; y con decir esto, comprenderá el lector que corrían peligro al encontrarse juntos, pues nada hay más expuesto á excisiones violentas que el trato íntimo de dos personas que *congenian*.

Consuelo quedó huérfana desde muy niña, y se había des- arrollado al lado de la tía que ya conocemos, la cual, por la bondad ingénita de su carácter ó por esa torpeza de algunas personas que creen no debe contrariarse la voluntad de los niños, no había sabido domar el genio de su sobrina; ésta, en una palabra, era una joven mal criada, imperiosa, violenta con los criados y de instintos algo varoniles; verdad es que pronto se arrepentía de sus arranques, y esto probaba que



con una direccion conveniente, en su tiempo, hubiera aprendido á dominarse.

Víctor era tambien un jóven mal criado, por debilidad de sus padres; y como Consuelo, se arrepentia pronto de sus impetuosas genialidades, que achacaba á excitacion del sistema nervioso. Así, pues, no tardaron muchos días los amantes, apenas se estableció entre ellos la confianza, en dejar que se pronunciaran sus idénticos arranques, que les produjeron serios disgustos, sin que ninguno quisiera ceder el día de la excision; pero al siguiente se buscaban, sin que fuera extraño que ántes de la noche hubieran vuelto á dejarse llevar de sus comprimidos arrebatos.

Consuelo era demasiado linda para no verse asediada por cuantos jóvenes la encontraban al paso, y Víctor, avaro de la belleza que poseía, en vez de culpar á la naturaleza por haber sido tan pródiga al favorecer á su amada, se estrellaba con esta, que á la verdad no le había dado el menor motivo oyendo siquiera con interés á sus impertinentes galanteadores; pero Consuelo, aunque era discreta, en vez de tranquilizar al celoso, se exasperaba con la injusticia de la acusacion; y esta conducta en ambos hacia imposible que llegaran á entenderse, presentando negras nubes el horizonte de su porvenir si, como tenían determinado, se unian para siempre.

Mis lectores han presenciado la escena del capítulo anterior y han podido apreciar el cuadro de los amores de Víctor Guillen y de Consuelo Vargas; queriéndose mucho, se empeñaban en atormentarse. En el mundo, por desgracia, es muy comun encontrar tipos de amantes como Víctor y Consuelo.

## IV.

La tia de Consuelo no se había equivocado al asegurar que Víctor volvería más pronto si no le llamaban; eso en el amor es una especie de axioma; axioma que sólo los enamorados, sin duda porque los devora siempre la impaciencia, no aprenden fácilmente.

Víctor salió desesperado de casa de su amada, buscando aire para respirar; no quiso recogerse y se puso á dar paseos como un loco por la plaza de San Antonio, pensando en hallar la manera de volver al lado de Consuelo sin que pareciera que se humillaba; pero por fin, á las doce de la noche, entró en su casa, resuelto á no volver á la de la jóven si ésta no le llamaba: propósito que había formado treinta veces cada mes, y á que había faltado cada mes treinta veces; acostóse contento de su firmeza de carácter y seguro de que á aquella hora estaría Consuelo pensando en él y esperando el día para llamarle, como la víspera y como la antevíspera.

Víctor se levantó muy temprano, creyendo que su criado le esperaría para entregarle una carta de su amada, y al verle entrar en su cuarto, con la taza de café que le servía de desayuno, le dijo:

—Dame.

—Aquí está el café, contestó el sirviente presentándoselo.

—Dame, repuso el jóven, separando la mano en que aquella llevaba la taza.

—¿Qué quiere usted que le dé?

—La carta.

—¿Qué carta, señorito?

—La que han traído para mí.

—A estas horas no ha venido á casa más que el lechero de Puerto-Real.

—¿Bábaro! ¿V me traes el café sin esperar la carta?

—¡Ay!

Esta exclamacion se escapó de los labios del doméstico, arrancada al dolor producido por un fuerte puntapié, que hizo rodar la taza, rompiéndose contra el suelo.

—Vete, y no vuelvas sin la carta.

El criado echó á correr, mirando de reojo á su amo, éste se tiró en un sofá y se puso á mirar de hito en hito un reloj de pared para seguir los movimientos de la péndola, que le producían escalofrios.

Nueve campanadas le anunciaron que hacia dos horas permanecía en el sofá con estática contemplacion, perdiendo un tiempo precioso; el criado no había entrado con la carta, y entonces se levantó, dando muestras de gran agitacion, y murmurando:

—¡Nada! ¡es una roca! Mi paciencia se agota, pues esta vez tengo toda la razon, y ella debiera ceder.... ¡Su voluntad es de hierro!.... Por última vez voy á ser débil! Iré á su casa y le pediré explicaciones, jurando por lo más sagrado que si no doma su carácter, me irá á Filipinas, al fin del mundo, huyendo de ella.... ¿Huir? ¿Puedo renunciar á ella? ¡Ah! ¡la quiero tanto!.... ¡qué dolor! Si dominara su génio seríamos muy felices!.... Pero ¿y el mío?.... Es preciso confesar que tambien tengo la culpa; empezaré por ablandarme.... Es preciso.... Vamos, que ella me aguardará impaciente.

Vistióse muy de prisa, y cogió el sombrero para salir cuando el criado asomó la cabeza por la puerta de la habitacion, con miedo, diciendo:

—Señorito....

—¿Qué quieres?

—¿Traigo otra taza de café?

—Vete de aquí.

—¿Es que ya puedo traerla, porque ha llegado la carta?

—¿Qué carta?

—¡Toma! ¡La que me decía todavía!

—Explítate, zángano!

—Aquí está.

El sirviente le enseñó el papel, y Víctor, tirando al suelo el sombrero, sin saber lo que hacia, se dejó caer de nuevo en el sofá, exclamando:

—Ya era tiempo.

Y sin notar que el criado estaba delante, leyó en alta voz lo siguiente:

“Perdóname, Víctor, y ven á verme, porque te aguardo impaciente. Tus celos eran infundados, y debes aprender á conocerte, dominando tu carácter. Ven pronto, pues en el ciervo de cristales te espera tu—Consuelo.”

Una sonrisa de satisfaccion se dibujó en los labios del jóven, y el criado, aprovechando la ocasion favorable, repitió la pregunta:

—¿Traigo otra taza de café?

—¡Hola! ¿estabas ahí? exclamó Víctor con tono muy afable.

—Sí señor; aquí estoy esperando órdenes.

—Vete.

—El desayuno....

—No; no quiero café.

—Entonces tome usted el sombrero.

—¿Para qué?

—¿No iba usted á salir? preguntó el criado con sorpresa.

—¿A salir?.... Es verdad; pero ya no salgo.

—¿Cree que ahora con más motivo.

—¿Por qué dices eso?

—Como la señorita Consuelo llama á usted en esa carta.

—¡Ah tonante! dijo Víctor levantándose, ¿estabas oyendo la lectura?

—Señorito, no soy sordo, y....

—¡Vete de aquí!

—¡Ay!

Otra exclamacion parecida á la anterior salió de los labios del infeliz doméstico, producida por el segundo puntapié.

Víctor volvió á sentarse, diciendo:

—Es necesario curar á Consuelo; no voy hasta la noche....

¡Qué sacrificio me cuesta ser fuerte!.... ¡La verdad es que con este propósito quedo yo tan castigado como ella!

Y esta vez supo dominarse, pareciéndole que aquel día no tenía las mismas horas que todos, ó que las horas no tenían sólo sesenta minutos. Por fin, tendió la noche su manto, y Víctor salió de su casa arrastrado por la impaciencia.

En cinco minutos llegó á la plaza de San Antonio y dobló por la calle de Linares; en la esquina se detuvo, buscando con los ojos enamorados la casa de Consuelo; ¡allí estaba ella! ¡en el ciervo de cristales! ¡esperándole desde la diez de la mañana! ¡Oh! ¡qué satisfaccion se encontró en aquel instante su amor propio!....

Pero como las dichas de la tierra son momentáneas, cuando el jóven dominaba su emoci6n y se decidía á adelantar la pierna derecha para correr á casa de Consuelo, sus ojos cayeron sobre la figura de un hombre clavado en la acera de enfrente con la vista fija en el ciervo de cristales. ¡Aquel hombre era el galanteador de la plaza de Mina! era su rival!

Sintió Víctor un vértigo que le robó la razon, y como un loco, se lanzó sobre el hombre clavado en la acera, que estaba completamente distraído.

Consuelo dió un grito penetrante.

(Continuará.)

JUAN SIN-TIERRA.

## CARTAS TEATRALES.

## DECIMA NONA.

SR. D. JUAN ELO.—MADRID.—La última vez que te escribí lo hice bajo la impresion dolorosa de un *Fausto* maltrecho, aporreado y herido de muerte; tan de muerte, que la empresa tuvo á bien enterrarlo desde luego, poniéndole por mortaja el traje de color de pimienta con que se disfrazó Mari.

Al volver á tomar hoy la pluma, después del paréntesis de la Semana Santa y de otra semana, que no ha tenido nada de santa, y en la cual me declaré en huelga, lo hago contento y satisfecho y reconciliado con las óperas alemanas.

Si es que el *Profeta* puede considerarse como obra alemana de pura sangre, pues en ella campean melodías que pertenecen en cuerpo y alma (permítame la frase) á la escuela italiana.

Meyerbeer piensa como alemán, en todas sus frases musicales se advierte el carácter profundo y pensador del pueblo donde ha nacido; pero llega la hora de sentir, y siente como los italianos, empleando toda la pasion y todo el fuego que es comun en la gente del mediodía.

Pueden servir como prueba fehaciente de lo que digo algunos cantos de *Fides* y *Berta* y casi todo el cuarto acto, convertido aquí en mitad del tercero.

La música del *Profeta* es hermana gemela de la de *Roberto el Diabolo*, y ambas pintan el génio del compositor y la predileccion que muestra su inspirada musa por esas luchas del bien y del mal, de la piedad y el fanatismo, que tan ancho campo ofrecen á su talento superior, para que jueguen toda clase de combinaciones de instrumentos, voces y situaciones de gran efecto.

El interés y la vida dramática de esta magnífica obra e-

tán realizados por medio de lujosas decoraciones y hábiles combinaciones armónicas, que sorprenden al espectador y arrebatan el aplauso al ánimo más insensible á los efectos del divino arte.

La instrumentacion es uno de los mayores encantos que para mí tiene el *Profeta*; y aquí viene muy á pelo consignar un elogio para el maestro Moderatti, que ha dirigido la orquesta con un acierto digno de aplauso.

Para representar los principales papeles del *Profeta* son necesarios artistas de primer orden, que brillen lo mismo en el canto que en la parte dramática, circunstancias que no siempre se encuentran reunidas.

Yo creo, y perdónenme los interesados, que el acto de la Catedral, hoy por hoy, no puede hacerlo nadie más que Tamberlick.

Decir es! ¿no es cierto? y dicho así parece que abriga la vanidosa presuncion de conocer á todos los tenores del mundo. Pues nó señor, no tengo esas pretensiones; pero si hubiese otro que representase el papel de Juan de Leyda como Tamberlick, ¿no nos hubiese ya transmitido su nombre la fama con sus cien trompetas? ¿Tienen ustedes noticias de ese nombre?.... Pues yo tampoco.

Y Tamberlick tiene una digna compañera en la Natali. La aplaudida contralto ha demostrado una vez más sus excelentes dotes dramáticas en el interesante papel de madre del rey profeta, y la *maledizione* del acto tercero, el aria de la mendigante y el duo con Berta los ha cantado admirablemente.

Aquella magnífica escena en la Catedral, cuando con la accion, con el semblante, con la mirada, y pasando de la amenaza á la súplica, quiere el profeta arrancar á Fides la declaracion de que no es madre suya, tiene unos magníficos intérpretes en Tamberlick y la Natali.

Para conmover con sólo la música, se necesita poseer el arte en alto grado.

Trasplantada de la escena de Albi, se ha presentado en Tacon la Leonardi á representar el difícil papel de Berta. La Leonardi tiene facultades y está en condiciones para brillar en la ópera: si se decidiese, de una vez, á romper con la zarzuela, olvidando los resabios que esta deja, se familiarizara con el género puramente lírico y ganaría mucho más, artísticamente considerada.

En su parte del *Profeta* ha sido bastante aplaudida.

La ópera se ha puesto con propiedad y lujo, porque la empresa ha querido dejar buenos recuerdos de la actual temporada en el público habanero.

En mi carta próxima tendré que hablarte ya de la partida de los pocos artistas que quedan entre nosotros.

Todos se van! pero en cambio viene el calor de los trópicos, que en reemplazo de los trinos de los cantantes nos hará trinar á nosotros.

Y *voilà tout*.

JUAN PARTICULAR.

## SARTENAZOS.

Por orden de los laborantes está dispuesto que el almuerzo Polo no fuese bien recibido en Washington.

Y en efecto, el Presidente Grant lo ha recibido con un discurso lleno de frases lisongeras.

De lo cual deducirá *La Revolucion* que *Cubita* ha de ser libre un día de estos entre cuatro y media y cinco de la tarde.

Y como *La Revolucion* se empeñe en sacar esta consecuencia, la saca; porque ella es así.

Está de Dios que hemos de andar continuamente con la maleta al hombro.

La llevamos á las fiestas de Matanzas, que fueron por partida doble: á las de Santo Domingo. á las de Guanabacoa, y ahora la llevaremos á las de Cárdenas.

Porque han de saber ustedes que en Cárdenas van á verificarse unas fiestas nacionales de las de primera fila. Hasta la estatua de Colon vá á bailar de gusto.

Hay que prepararse á leer apetitosas descripciones.... pero nó, lo que hay que hacer es prepararse á hacer el viaje á Cárdenas, porque, como dijo Santo Tomás, ver y creer.

Un consejo:

Lector, si quieres adquirir el festivo y bien escrito *Almanaque de Juan Palomo*, date prisa; mira que son contados los ejemplares que quedan, y dentro de poco no se vá á encontrar uno ni para remedio.

Te lo digo por tu bien.

Va te di el consejo; ahora te vá un aviso.

*Juan Perez*, ó Mariano Ramiro, si te gusta más, ha remitido á *La Propaganda Literaria*, O'Reilly 54, dos docenas de ejemplares de su libro *Alca, Pilli!*—Son los últimos.

Estos dos libros, salidos de las prensas cubanas, han hecho una fortuna loca, lo cual no es cosa corriente en esta época y por estos trigos.

Con que Labra es diputado!

Con que entrará en el Congreso español!

Con que....!

Pille usted un garrote y dejémonos de tanto con que....



Leo en el manifiesto electoral de los carlistas:

"El duque de Madrid ha resuelto que el partido carlista acuda á las urnas con decision y energía...."

*Un carlista de tres al cuarto.*—No sería mejor que acudiésemos con un par de duros en el bolsillo?

*El señor Nocedal, con voz de sochantre.*—Jóven, á usted lo han pervertido las ideas liberales!

En París se hace uso de una máquina de vapor para lavar las fachadas de las casas.

Si hubiera una para lavar las de las mujeres que se pintan, sería muy conveniente.

Por ejemplo, yo amo á una rubia.

La llevaría á la máquina de vapor y diría al maquinista:

—Hágame usted el favor de ver cómo es esto.

Y la máquina me diría si efectivamente mi novia era rubia ó trigüeña, cosa que yo no puedo averiguar; pues me han dicho los vecinos que aunque para mí es rubia, algunos días sale á la calle trigüeña.

En la mujer todo es misterio, hasta el color.

Oiga usted!

En una escavaciones que se han hecho en Zaragoza se ha encontrado un magnífico ataud, dentro del cual se hallaba un cadáver perfectamente conservado, con la cabeza separada del tronco.

De las averiguaciones practicadas y de varios documentos que dentro del féretro se han encontrado, resulta que aquellos restos son los del desventurado Manrique, el héroe famoso de la leyenda que dió origen al inmortal drama de García Gutiérrez titulado *El Trovador*, y á la ópera que tanto hemos aplaudido.

¡Dios mío! y el legítimo trovador dará también el do de pecho?

Porque, si no lo dá, me parece que será un Manrique de pega.

Los cardenenses se han propuesto levantar á su costa un buen cuartel para los bomberos, que en dicha ciudad no tienen donde meter su armamento y utensilios.

Todos los vecinos se apresuran á ofrecer cantos para la obra; tengo aquí una lista publicada, en que se cuentan por cientos.

Con tantísimos cantos, el poema de cantería que está á cargo de los vecinos de Cárdenas será magnífico.

Míreme usted la cara: ¿qué nota usted en mi nariz?

—¡Cáscaras! lleva usted un mico montado en la punta!

—Sí señor, acaba de salirme esta novedad.

—Pero, hombre, ¿qué es eso?

—Yo era uno de los *coligados* para las elecciones y....

—Ah!

Dice un telegrama que en el Japon habia fracasado una tentativa de asesinato contra el Mikados.

Vaya, me alegro por los *micos*, que están de enhorabuena.

También les alcanza algo de esta buena nueva á los *coligados* para las elecciones.

*El Boletín de Colon* ya no sucumbe; así lo dice él mismo con todo el alborozo de un resucitado.

No sabia yo la *gravidad* del *Boletín*, pero me regocijo sinceramente con que esté ya fuera de cuidado.

Unico periódico que se publica en la rica jurisdicción que le dá nombre, su muerte hubiera sido una mengua, una gran vergüenza para la misma.

Ea, amigo *Boletín*; ya que se ha salvado usted milagrosamente, mucho cuidado con las recaídas, porque estas sí son mortales.

En la última quincena se observó alguna irregularidad en el reparto de los periódicos de la Península.

Hemos procurado indagar las causas que motivaron esta falta, y en realidad no podemos echar la culpa al Correo, sino á un incidente imprevisto, que nos consta quedó subsanado, que es lo que interesa á los suscritores.

No fueron 62, sino 26 los individuos electos que sacó la oposicion.

La culpa fué del cajista, al que se le escapó un gazapo que ha tenido buen cuidado de recoger el señor Spencer, haciendo exclamar á los partidarios de la coalicion:

"Lástima grande que no fuera verdad *tan gran camelo!*"

Otro medio habia de deshacer el error, pero fué desechado: consistía en ponerle 26 elegidos á la oposicion, cuando esta sacara 62, y en paz.

En una visita.

—Ea, niño, no seas pesado, y deja en paz á ese caballero.

*Ese caballero.*—A mí no me molesta, porque adoro á los niños.... sobre todo cuando lloran.

—¿Por qué esa preferencia?

—Porque cuando lloran se les manda acostar.

Un nuevo libro se ha recibido últimamente de la Península en *La Propaganda Literaria*, de nuestro gran poeta Campoamor, bello, profundo, interesante, como todos los suyos. Titúlase *Los pequeños poemas*, y contiene cuatro de estos: *El tren expreso*, *La novia y el nido*, *Los grandes problemas* y *Dulces cadenas*, llenos de ingenio, de tiernos pensamientos y de verdadera poesía.

Esta obrita (que sola cuesta 8 reales fuertes) merece ser leída por cuantos se precien de tener buen gusto literario.

El telégrafo nos cuenta que un terremoto ha destruido la mitad de la ciudad de Antioquia, donde han perecido 1,500 personas.

Y añade con la mayor formalidad: "reina gran desolación."

¡Caramba, qué noticia! Yo creí que después de perecer 1,500 individuos y de quedar destruida la mitad de la población, debería reinar allí una alegría de tente bonete, con un bailoteo y un jolgorio de padre y muy señor mío.

Qué bien ha hecho el telégrafo en advertirnos que hay consternación, para evitar equivocaciones.

Eso es ser valiente!

El señor B. D. nos ha remitido un geroglífico que podemos llamar de *doble fondo*.

Es un geroglífico-charada.

Es decir, que descifra usted el geroglífico y le queda á usted una charada, á la que hay también que buscar la solución.

Eh?

La idea es bonita, y ya verán ustedes cuando se publique....!

Para el viernes 19 del corriente se prepara una gran corrida de toros. La cuadrilla la componen caballeros aficionados: la presidencia estará á cargo de señoras de las más distinguidas de la población: el local estará lujosamente adornado: las moñas serán de rechupete y regaladas por el bello sexo.

¡Esto es lo mejor! Los productos de la función se destinan al socorro de las niñas huérfanas de militares.

Como consecuencia de esto, el dueño de la plaza la cede gráti, el Excmo. Sr. D. Miguel de la Vega regala los toros, y el Sr. Marqués de Zambrana se ha encargado de dirigir la cuadrilla.

Con que ahora acude en masa, público filantrópico, que para todos hay sitio en la plaza.

Un periódico dice que el virey de Egipto ha regalado al Sultan 66 perros y perras, y que á estas horas navegan con rumbo á Constantinopla.

Pues cuando lleguen, deben haberse triplicado, digo yo.

El segundo verso del soneto titulado *No lo comprendo*, publicado en el número anterior de este semanario, es como sigue:

"A Dios olvide y á su Dios no ruegue."

Esto es lo que escribió el autor, y si otra cosa le ha hecho decir el cajista, no es culpa suya.

Se ha recibido la segunda obra de los *Cuentos de Salón*, titulada *Brigida*, la que hemos leído con gran placer y con la risa en los labios. El Sr. Frontaura, su autor, cultiva con éxito el género festivo, y aconsejamos á nuestros lectores que compren la novela *Brigida*, que no ha de pesarles el buen rato que sus páginas ofrecen.

#### LOGOGRIFO.

En cuatro letras que tengo  
encuentras, lector amigo,  
una hortaliza, una letra,  
lo que hay en el mar bravío,  
lo que tiene toda casa  
muy cerca de los ladrillos,  
una mujer desdichada  
que hará cualquier desatino,  
un lenguaje que tendrá  
gracia, mas no se la he visto,  
un juego bastante viejo,  
y algo más que no te cito,  
y soy una cosa larga  
ó corta, porque varío,  
y aunque tengo el mismo nombre  
yo no soy siempre lo mismo.

Un chico algo travieso y comilon le cogió á su madre medio queso y se fué á comerlo á un rincón.

Sorprendiólo la mamá.

—¡Ah pícaro! ¿Con que te estás comiendo el queso?

—¡Nó señora!

—¡Que nó! ¿Pues qué demonios haces?

—Estoy haciendo de gato.

#### SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

*Padres comerciantes, hijos caballeros y nietos pordioseros.*

Han encontrado la solución exacta D. J. Arias, de Santa Clara, B. D., La Pata de Cabra y Juan el de Marras.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria."  
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.



LAGRIMAS ELECTORALES.

Dos coligados después de la derrota.